

La interacción constructiva

A manera de inicio, en vistas a un desarrollo ulterior más amplio, queremos presentar aquí algunas reflexiones sobre un grupo de conceptos que consideramos importantes para la discusión sobre el problema educativo:

La interacción constructiva.

El sujeto y su constitución

La construcción de los objetos: saber, comprensión y conocimiento.

La negociación y el área de negociación.

Las limitaciones a los armados y construcciones.

Reconocimiento, participación, negociación y construcción.

La subjetividad colectiva. La comunidad.

La Interacción Constructiva

En la búsqueda de su realización social y en la preservación de su existencia el sujeto requiere del saber: Saber para producir y para relacionarse con los otros. Saber que se logra en la interacción con las cosas y con las otras personas.

La realización social (A. Esté, 1983) implica encontrarse en los otros, reconocerse en su mirada y testimonio; en sí mismo y en los hechos y acciones que de sí se deriven. De aquí que la realización del individuo se da en gran medida como participación, que es y determina dignidad, subjetividad.

* Escuela de Filosofía. Universidad Central de Venezuela.

La participación es posible en la medida en la que quien participa lo haga desde su condición, desde su diversidad. La construcción del saber es también a partir de esa diversidad. Y empleamos el término «construcción», coincidiendo de alguna manera con Piaget, cuando lo expresa así:

...el sujeto no se hace sensible a estos (a los estímulos exteriores) sino en la medida en la que son asimilables a las estructuras ya construidas, que se modificarán y enriquecerán en función de las nuevas asimilaciones (p. 17; 1981).

Pero la inteligencia sensomotora conduce a un resultado muy importante en lo que concierne a la estructuración del universo del sujeto, por restringido que sea ese nivel práctico: organiza lo real, construyendo, por su funcionamiento mismo, las grandes categorías de la acción que son los esquemas del objeto permanente, del espacio, del tiempo y de la causalidad, subestructuras de las futuras nociones correspondientes (p. 24, Piaget, J., 1981, *Psicología del niño*. Ed. Morata).

Pero, como se ve, construcción allí está asociado a estructuras y esquemas, a un proceso lógico de armado de la realidad dentro del sujeto, en el que parece que lo que se hace es sólo una organización y no una creación de un todo dentro de sí. Son estructuras más bien de orden racional, pensadas en la perspectiva de la explicación y comunicación de lo comprendido que de su uso o vigencia total. El sujeto logra esquemas del espacio, del tiempo y la causalidad dentro de los cuales se asimilará lo nuevo.

Más allá de esto, pensamos en construcción como integración, que incluye estructuración pero además lo no decantable como para ser armado y que es lo que posibilita el llamado saber intuitivo o de ruptura creativa. Este se da aun cuando, aparentemente, no quepa en los esquemas de asimilación. Es lo que llamamos el acervo —que es mucho mas que esquemas de asimilación—, y que incluye a esos esquemas o prejuicios perceptivos, pero a muchas otras riquezas acumuladas de saberes anteriores que pueden incluir, no solo los esquemas de organización de lo real, sino también la posibilidad de su ruptura.

La diversidad de cada quien atiende a sus correspondientes acervos y requiere a los otros en un área de negociación que es ambiente que posibilita los cambios y enriquecimientos en la construcción de saberes. Los acervos próximos conforman culturas que incluyen, entre

La interacción constructiva

otras cosas, esquemas constructivos y formas de constitución de objetos comunes para comunidades de menor o mayor magnitud.

La comprensión y el saber no tienen existencia como cosas mas allá de los sujetos que los poseen como acervo. No hay un recipiente o lugar donde el saber esté depositado para su eventual dotación o adquisición. Decimos que los saberes y los objetos que los constituyen son construcciones para indicar que se «arman» a partir del acervo del sujeto. Las manifestaciones de lo real (manifestaciones que pueden ser trazos o señales de lo mismo real, o signos y enunciados ya por otros elaborados) pueden llegar a tener fuerza evocadora de memorias yacentes en el sujeto, en su acervo. Es a partir de ese acervo que el sujeto entra en negociación con lo real o con los otros para hacer comprensiones. Por sucesivas evaluaciones el sujeto tratará de ubicar lo mejor posible lo advenedizo en su acervo. Un proceso que arrojará valores diversos de ubicación y precisión, donde habrán cosas «raras» que no quedarán bien ubicadas, cómodamente establecidas, porque en el acervo del sujeto, o en lo que pueda resultar de su juego o combinación, no encuentre espacio adecuado. Decimos, entonces, que la cosa no ha sido comprendida.

Esas cosas no ubicadas resultarán urticantes en la medida de la dignidad del sujeto, en la medida en la que la fuerza del sujeto obligue a buscar plenitudes. En la búsqueda de esas plenitudes, que es una condición heurística, el sujeto se empleará íntegramente, corpóreamente, en una batalla con su propio acervo que por momentos podrá pretender negar lo que ignora o a conformarse con comprender las cosas raras, reducidas a los términos o esquemas ya habidos que, por supuesto, será sólo una manera de negar o seguir ignorando la «cosa rara».

El Sujeto y su Constitución

En toda persona, en todo hombre, se da la condición de sujeto, es inherente a ella, pero esa condición de sujeto no se da en toda persona en igual magnitud.

La idea que tenemos de sujeto está vinculada al concepto gramatical tradicional: el que hace cosas por sí mismo.

El ejercicio de esa condición la llamamos subjetividad: lo que hace que la persona sea sujeto.

El ejercicio de esa condición del hombre está presente en todas las culturas. Es lo que lleva al hombre crear, a resolver sus problemas, a inventar o saber otros.

(Con este concepto, como con otros que manejamos, debemos aclarar que, como es correcto, no los tomamos como esencias, como dados, sino más bien como tendencias que se ofrecen en mayor o menor presencia: No hay un sujeto puro que sea sólo hacer cosas por sí mismo, ni las mismas cosas las podría hacer por sí mismo. En todo hay una mezcla de lo que ya existe con lo que se agrega. De lo que decido hacer con lo que me es llevado a hacer. De «libertad y necesidad». Sobre la resultante evaluamos lo predominante y diremos que hay mayor subjetividad dignificada en un sujeto creador que en una persona que sigue y repite. La dignidad habla de libertad).

El sujeto a su vez es constituido por la convergencia de componentes de muy diverso orden: genético, histórico, ecológico, simbólico y social que se condensan y entrelazan en un actuar que, a la vez, incide constantemente en esa constitución: el sujeto no se logra y permanece; debe continuar constituyéndose en el ejercicio de su condición. La libertad envejece muy rápido.

Los constituyentes genéticos son los que la ciencia ha ubicado vinculados a los procesos biológicos, de genes y cromosomas que portan los «programas» que «reproducen», que hacen que a partir de ciertos padres salgan ciertos hijos. No podemos aclarar, y no sabemos si a estas alturas alguien lo pueda, hasta qué punto habrá una causación lineal en las génesis biológicas, pero podemos proponer que esas «determinaciones» estallarán en la vida del individuo, en cada caso, de manera diferente al presentarse mezcladas —como siempre ocurre y no hay manera de que sea diferente— con los otros constituyentes.

La historia se hace efectiva en el sujeto de muchas maneras, de las que podemos mencionar dos que nos resaltan : su capacidad para penetrar en lo biológico, para perturbar y modificar los «programas», obligando evoluciones y selecciones como las explicadas clásicamente por Darwin y otros, y su capacidad para estar en todos y en sus relaciones: la historia se hace cosa activa que genera señales, signos y símbolos que se acopian y que serán eventualmente evocadas para la

La interacción constructiva

construcción de nuevos objetos a partir de las otras cosas percibidas. El individuo, en la medida de su existencia se hace historia, acervo que se manifestará y posibilitará sus construcciones.

El entorno ecológico se hace también acervo e historia, y tiene su trayecto y una vigencia demandando negociaciones. Está en todos y ha estado en todos los que rodean al sujeto, de manera que todos actúan desde cierto color, desde cierta luz y humedad, desde cierta fertilidad, frío y escasez; multiplicidad o simplicidad.

El juego y conflicto social, la interacción con los otros conforman un «nicho» en el que el papel principal lo tienen las condiciones comunicativas. El individuo se realiza en ello y todo su actuar se arma, toma sentido en ello. De manera que de allí procede no sólo la imagen de los otros, sino la propia imagen por ellos devuelta.

La comunicación es un particular proceso constructivo en el que las dos fuentes de señales son activas negociadoras, en una circunstancia cada vez diferente y que condicionan cada emisión por la inmediata anterior. De esta manera el curso de interacciones es de especial riqueza, propiciando aperturas o rupturas de los acervos de cada quien, permitiendo la dignificación y la creación o la ruptura, la copia, la repetición y la sumisión.

El hombre arma símbolos de gran variedad: el poder amoroso, la animación religiosa, la fuerza estética, los héroes y conductores: objetos extrañados a los que se les atribuye alma y que regresan a él constituyéndolo. El futuro sólo existe como símbolo: sueño, utopía, pretensión, proyecto y, más racionalmente «plan», que es esa manera acabada, y a veces funesta, de imponerle el presente al futuro. Percibir el futuro es una especial construcción que se hace a partir de la cosa inexistente: es un objeto sin cosa. Pero como muchas realidades simbólicas, tiene una gran fuerza concitadora, cohesionadora, que puede integrarse a una cultura que de esa manera puede resultar «atada al futuro», como otras se atan a la muerte, al dolor, al consumo, a la guerra, al ascetismo y la privación, a un arcángel o dios.

La reunión de los constituyentes hace al sujeto, deposita en el individuo las condiciones de su subjetividad quien, realizado, lo hará como diverso, desde su diversidad que es como se manifiesta esa

subjetividad.

La inevitable complejidad de los constituyentes no permite otra cosa que en cada individuo ella se dé como diversa, en una forma en la que diversidad y fuerza subjetiva tengan que conjugarse, desde donde la negación de la diversidad es negación de la subjetividad, por lo que homogeneización es negación de la libertad y empobrecimiento.

La Construcción de los Objetos. Saber, Comprensión y Conocimiento

Debemos precisar, también, el sentido en el que usamos estos términos en nuestra proposición.

Saber de la cosa real es el producto general de la negociación con la cosa para ubicarla en el acervo y actuar con ella. De esa negociación se puede dar la *comprensión* y el *conocimiento*.

La *comprensión* es la demostración en hechos y actos consiguientes de que la cosa ha encontrado evocaciones correspondientes en nuestro acervo, que ha sido construida como comprensión de ella, lo que permite que con ella se opere consecuentemente. Se comprende la cosa de una cierta manera, para mí, y se le da un uso adecuado. Esta es la forma mas habitual y cotidiana del saber.

El *conocimiento* es la manifestación del saber en signos convencionales, en lenguajes naturales o artificiales (Chomsky, N., 1979) para lo cual se exige no sólo la negociación con la cosa sino también la negociación con los otros de manera de que el hecho, la cosa comunicativa en este caso, sea capaz de evocar en ellos cosas similares. El conocimiento científico, por ejemplo, pretende que la evocación sea exactamente la misma, por lo que acude a lenguajes «artificiales» no contaminados por la vulgarización de las palabras.

Es claro que todo saber es el producto de una construcción más o menos elaborada, la integración de evocaciones y negociaciones que instalan en nosotros los objetos.

La esencia de la cosa, el nódulo de ella, la cosa en sí, la definición de la cosa, son expresiones correspondientes a la absolutización pretenciosa de una determinada construcción. Son existencias puramente simbólicas que ofrecemos como lo definitivamente verdadero para afirmarnos en ello. Las cosas existen realmente, y nuestro saber de ellas

puede ser muy eficiente, tanto que lo demostramos en hechos consecuentes con la cosa. Pero ese saber no puede ser trascendente, en el sentido de ser único y válido para toda situación universal, por que son infinitas las maneras en las que negociamos con las cosas. Pero, en todo caso, y obedeciendo diversos intereses, hombres y comunidades convienen, negocian para establecer enunciados a los que atribuyen valor universal o general. Con mucha frecuencia esas convenciones son impuestas por relaciones de poder establecidas.

La dualidad kantiana de la cosa es, probablemente, una concesión religiosa. Las cosas creadas por Dios son esencias en sí, desde Dios y para El, por lo que desde la pobreza humana no se podría acceder a la perspectiva divina, que sería la que las mostraría en su verdad total. Revocar eso era revocar la creación, tarea aun muy fuerte para la época y que seguirían intentando otros más tarde (Darwin, entre ellos) con severos costos.

En todo caso, la mayor o menor trascendencia de la cosa estará dada por el área de negociación de los sujetos que se comunican en relación a ella y que convienen en llamarla de alguna manera y percibir en ella ciertas cualidades y características.

La Negociación y el Área de Negociación. La Participación. La Diversidad y la Democracia

La relación del sujeto se da con cosas, animales y otras personas, incluyéndose a sí mismo. La relación se da en una infinita gama de matices y profundidades, tantas como son susceptibles de variación las posiciones y condiciones relativas de ambos, así como sus propias condiciones intrínsecas.

Dependiendo de esas posiciones relativas de las cosas y personas emanarán señales, perturbaciones, signos que entrarán al sujeto provocando evocaciones en su acervo que le permitirán constituir la cosa emitiente de acuerdo a lo que de ella o algo similar haya en el sujeto. El sujeto construirá, integrará lo que para él corresponde a la cosa percibida.

El sujeto podrá percibir de la cosa una mayor o menor variedad de señales en virtud del mayor o menor empleo que haga de sí, de su cuerpo, o de los instrumentos que, proyecciones del cuerpo al fin, van hacia las

cosas. (Los instrumentos, parte del acervo, simbolizados y extrañados armarán objetos con fuerza ciega y modeladora). Dicho de otra manera: el sujeto percibirá más en la medida en la que sea más sujeto. De igual manera, evocará más en la medida en la que le dé curso mayor al ejercicio evocatorio de su cuerpo.

La cosa podrá estar en relación al sujeto en una infinita variedad de vecindades y presentaciones. Esta variedad será aproximada buscando en la cosa señales de valor evocador. Esta búsqueda es motivo de sucesivas evaluaciones y correcciones que conducirán a esas señales de valor evocador. Ese proceso de evaluación y rectificación es lo que llamamos negociación.

Con la cosa la negociación dependerá principalmente de movimientos, evaluaciones y rectificaciones del sujeto buscando señales adecuadas, que puedan ubicarse como respuestas, es decir, como señales con sentido suficiente como para llenar vacíos en el acervo. Vacíos que se perciben por lo lleno circundante (la hipótesis, la pregunta, siempre es hija de lo circundante, al que siempre denuncia). Con otros sujetos la negociación es más compleja porque habrán dos partes muy activas buscándose, evaluándose, rectificando evaluaciones. Además, el otro sujeto no solo muestra sus señales de «cosa», sino que emitirá señales de su acervo, signos de intención comunicativa. Esos signos serán, igualmente, motivo de evaluación y rectificación para obtener su mejor fuerza evocadora.

Entre las dos partes se establecerá un área de negociación, un área en la que señales y signos tienen diversa calidad de fuerza evocadora. En la medida en la que las dos partes tengan una mayor vecindad y proximidad, el área de negociación será mayor; consiguientemente la posibilidad de comprensión será más densa y compleja y, por consecuencia, la capacidad metafórica de cada signo o señal será mayor, es decir, bastará una pequeña señal para que el todo evocable se reconstruya.

En el caso de dos personas, el área de negociación es correspondiente a la proximidad cultural de ellas, por lo que la comunicación entre dos personas de la misma cultura se hace con una economía de recursos muy grande. El lenguaje escrito, destinado a personas no presentes o

La interacción constructiva

conocidas, se estructura de tal manera que resulte comunicativo para las personas colocadas en la distancia mayor del área de negociación y, más aún, para las que su área de negociación es muy reducida. De tal manera tiende a ser autosuficiente, depositando en el solo texto lingüístico toda la responsabilidad. Esta virtud lo hace de vocación universalista y al serlo lo tiende a desvincular de toda inmediatez y concreción, por lo que se hace extraño y de «otro mundo», habitualmente reiterativo y verborrérico (Labov, W., 1973), reduciendo su fuerza evocadora al mundo de los significados estructurados en el sujeto con la coherencia propia de la escritura. No pudiendo recurrir a otros recursos no lingüísticos (o no tipográficos) para la evocación, ni a la evocación de los pensares y acervos poseídos sin vínculos directos con signos estructurados en textos escritos. Casi se podría decir que la escritura genera una «cultura escrita» o que puede haber una versión escrita de cada cultura. El conocimiento vinculado a la cultura occidental aparece comúnmente como parte de esa «cultura escrita», precisado, estructurado y limitado por esa «escrituración».

Una cultura oral, no «escriturada» no comprende el funcionamiento escrito ni las maneras sociales derivadas de la escritura, no otorgándole a las formas escritas la autosuficiencia que reclaman. El hombre oral pedirá siempre la muestra física de la oralidad. La negociación no estará cerrada sino hasta que el signo presencial lo indique.

Así, un sujeto-en-dominio, generará poco terreno para negociar, y ante la menor señal evocará un todo para la cosa, un constructo estándar, totalmente proyectivo que asignará a la cosa todo lo integrante de ese constructo, sin cuestionar lo metafórico de su evocación.

Las Limitaciones a los Armados y Construcciones

De las cosas.

De las cosas físicas de la naturaleza.

De las cosas que son signos y símbolos.

De los otros hombres.

De las cosas se perciben señales, de los hombres se perciben signos y símbolos. Las señales que emanan de los hombres tienden a valorizarse como signos. De igual manera, las señales que proceden de

las cosas pueden resultar fetichizadas, animadas, cual si provinieran de otros hombres. La religiosidad del hombre proyecta sobre esas señales evocaciones animadas.

La negociación con cosas naturales y cosas-signos se da como interpretación en la que el hombre trata de ubicarlas en su acervo.

De las señales de las cosas se pueden hacer signos y símbolos por analogía o acción religiosa: el hombre anima cosas y animales asignándoles propiedades humanas. Así, transforma sus señales en signos.

La comunicación es cosa de los hombres. Cuando se habla de comunicación con las cosas, con los animales o entre ellos es por mera analogía ya que no podemos pensar que en los animales se den los procesos constructivos que decimos que se dan cuando los hombres se comunican.

La negociación con los otros hombres es muy compleja porque implica la relación de dos sujetos que se modifican y modifican la emisión de signos de acuerdo al proceso mismo de interacción interpretativa. Lo que lleva a que el sujeto inicial de una negociación no sea el mismo al final de ella.

Concebir, como lo hemos hecho, el proceso gnoseológico como una construcción, mas allá de un escueto proceso psicológico o metodológico, en una perspectiva ética y antropológica, implica otras consideraciones, algunas de las cuales resumiremos aquí.

Dado el sujeto y su dignidad —cuya carencia, como hemos visto, es un serio impedimento y limitación—, del acervo y la negociación surgen posibilidades y determinaciones a las construcciones e integraciones de los objetos.

Nos interesa mencionar algunas:

- a. en la aproximación a las cosas en la perspectiva de objetivarlas (que es lo que llamamos método),
- b. en la ubicación de las cosas dentro de sí,
- c. en la explicación de las cosas a otros.

a. Aproximaciones a las Cosas

Como lo decimos más adelante, la manera de aproximarse a las cosas tiene relación con el destino final que se le dará a la comprensión de ella, al objeto constituido.

La interacción constructiva

Si el destino de la comprensión va a ser la exposición, el enunciado para otros, entonces, necesariamente la aproximación deberá, por lo menos sedicentemente, seguir los requisitos que obligue la convención dominante, los paradigmas aceptados, que permitan decir que la construcción que se pretende no es «arbitraria» o personal sino que se inscribe dentro del curso previsto y que no transgredirá, más allá de lo decente y aceptable, el acervo explícito del colectivo dominante. Es decir, será legítima.

Pero la forma de aproximación real estará, en definitiva, dada por la dignidad del sujeto. Independientemente de lo que él diga y proteste de que sigue un método, en realidad él estará siguiendo no un método sino el curso que su cuerpo marque en el proceso, aun a riesgo de perder legitimidad. Posteriormente el sujeto, obligado a hacerlo, llamará método al curso que siguió, para inscribirse en las convenciones.

Pero un método puede a veces aproximarse bastante a lo que sería «el curso de su cuerpo» y, en esos casos, no habrá mayores torceduras. Esto es posible que ocurra cuando las cosas se ofrezcan en complejidades manejables y con pocas rarezas. Entonces, los acervos individuales y colectivos tendrán las evocaciones claras que permitan ubicar la cosa con plenitud, y la angustia terminará pronto y resultará barato el proceso.

La aproximación a la cosa podemos discutirla en tres actitudes:

1. La interacción con las imágenes o con las versiones lingüísticas de la cosa. No hay percepción inmediata de ella, y si hay alguna negociación, es con esas versiones.

La no percepción inmediata de las cosas supone por lo menos dos situaciones: a. la cosa no está en el curso del sujeto y, por lo tanto no tiene por qué ser percibida. b. la cosa está en el curso del sujeto pero éste no se ejerce ante ella.

2. A las señales de la cosa se responde proyectando sobre ella engendros del acervo, objetos despegados de todo contexto.

La proyección no supone un ejercicio mayor de la subjetividad. Un constructo ya hecho es evocado para explicar o denominar la cosa percibida, incluso un constructo puramente verbal y no necesariamente significativo. A manera de señales emitidas por una cosa, la persona

puede emitir sonidos o grafismos explicativos o denominativos de la cosa percibida en términos tradicionales y netamente convenidos. La negociación es mínima y superficial, pudiendo reducirse a la ubicación del valor «facial» de los signos. La cosa se recibe como ya dijeron que era, no hay necesaria comprensión de ella. Los interrogantes sobre ella serán contestados en las posibilidades y alcances que la versión verbal, que de ella se tiene, lo permita: es el campo de las denominaciones y enunciados cotidianos, de las memorizaciones escolares, las copias, los coros y repeticiones, las lecciones de textos y clases, las referencias eruditas, los acopios bibliográficos.

Una manera frecuente de proyección se da en la universalización del método. Se asume un método con la pretensión de objetividad, de que el método sea garante de eso que se llama objetividad que resulta no siendo otra cosa que el apego a cierto orden de objetos previos.

3. Se construye el objeto a partir de la negociación con la cosa de la que se tienen percepciones no mediadas. Esto implica el ejercicio mayor del sujeto. Ante las señales de la cosa el sujeto negocia con ellas buscándoles ubicación en su acervo; al no encontrar un recurso para simple proyección, en virtud de su dignidad hace composición, construcción a partir de las cosas que ya tiene con las que resultan de las asociaciones de ellas ubicando la cosa como objeto nuevo en su acervo.

Pero es otro el caso de las mayores complejidades o diversidades de las cosas. Las cosas se hacen complejas —descubren su complejidad— de muchas maneras. Bien porque el sujeto se empeña en voltearlas o abrirlas o bien porque cosas nuevas salen al paso.

Lo primero atiende otra vez a la dignidad del sujeto.

Lo segundo a la propia riqueza del mundo. Para lo uno y para lo otro es límite otra vez el dominio. Si las cosas como se nos ofrecen nos dejan beneficios, y el orden existente hace converger esos beneficios hacia nosotros, para qué voltearlas y abrirlas: lo mejor será más de lo mismo.

Si las cosas próximas y sabidas nos prestan beneficios lo mejor será transformar todas las otras cosas en cosas como las que ya sabemos: armarlas en los términos de lo ya habido. No se negociará con la novedad ni con la diversidad. Al final, la cosa comprendida, el objeto, como

La interacción constructiva

cualquier sancocho, será el resultado de lo que se agregue. El proceso de agregación será el proceso de construcción del objeto.

En realidad, lo que vulgarmente se conoce como método no es otra cosa que la proclama de fidelidad que formalmente se hace. Es un acolitismo balurdo. El método, en propiedad y como se ha dicho, no se puede proclamar ni disecar del objeto construido, está en él.

b. La Ubicación de la Cosa dentro de sí.

Esto se refiere al saber y comprensión de la cosa, que es la forma más habitual y cotidiana de relacionarnos con el mundo. Es la que nos permite vivir. No hay mayor rollo en esto. La gran mayoría de las cosas y personas que nos rodean están ubicadas en nosotros. Existen en nuestro acervo y son evocadas con una gran economía de recursos por señales o signos de gran fuerza metafórica. Una pequeña luz evoca el cepillo de dientes, un poco de olor el café y un sutil timbre de voz a la mujer amada y cualquiera de ellos seguridad y continuidad.

A partir de esas señales seguimos actuando, demostrando con hechos esas comprensiones. La evocación de la continuidad y seguridad será la pauta para una sucesión de hechos que no implicarán casi nunca explicaciones o enunciaciones, lo que no restará certidumbre ni verdad a lo comprendido.

Eso será igual para cosas no cotidianas pero con las que se entablarán negociaciones y que serán comprendidas y ubicadas para hechos correspondientes que puedan o no implicar enunciados adecuados. Pero muchas cosas «encontradas» no son encontradas por que no generan señales que provoquen evocaciones adecuadas en el acervo del sujeto. En esa condición no se da la construcción, el sujeto no tiene con que armar el objeto que resultará o inexistente o simplemente intrigante, dependiendo otra vez de la dignidad del sujeto, el que se produzca o no esa intriga.

Habrán cosas especiales, cosas del teatro, por ejemplo (diferente, esta idea, como se verá, a los «ídola» de Bacon), que se ubicarán en mundos apartes, no cotidianos porque sus señales se agrupan en un contexto que las denuncia como de «otro mundo» y, por lo tanto, diferentes de las cotidianas: una silla de museo no es una silla, es una obra de arte.

Igual, las cosas de la escuela. Ellas, como las del museo, pertenecen a un contexto que las hace diferentes a las cotidianas. Los libros, los ejercicios, el lenguaje, el orden, las filas, el pizarrón, el maestro, los exámenes, sus preguntas y sus repuestas, todo ello conforma un discurso consistente de «otro mundo». Ese mundo será observado como un todo en el que las cosas sólo tienen significado en su contexto, por la posición relativa que ocupan en esa composición. Así son comprendidas o así, de conjunto, son rechazadas cuando ese «mundo» por ciertas condiciones, resulta ser rechazado o adverso al sujeto.

Por ejemplo, la escuela puede ser percibida como cosas de una cultura, cosas del gobierno, cosas de los españoles, y por ella puede pasarse como quien pasa por una aduana para acceder a lo que está mas allá de ella. Y ello será comprendido así, y con efectos para ese contexto pero no extrapolables.

Esta situación se supera si la escuela deja de ser un conjunto previo y suficiente, integrándose a la cotidianidad del estudiante y, por lo tanto, susceptible de que en ella se produzcan construcciones, variaciones y enriquecimientos reales a partir de la aproximación a cosas reales con las cuales se pueda negociar para el logro de nuevas comprensiones.

c. La Explicación de la Cosa a Otros. La Exposición.

Es la transformación de la comprensión en conocimiento, lo que también puede implicar que para un sujeto-en-dominio una mayor limitación en los procesos constructivos, en la medida en la que la aproximación y comprensión de la cosa esté permanentemente referida a esa eventual exposición de ello. Allí la exposición —habitualmente muy demandada de la racionalidad y coherencia propias de ciertos estilos de lenguaje escrito— se revertirá al proceso obligándolo a proyectar sobre la cosa los requisitos del eventual enunciado. Esta es, tal vez, la instancia donde se hace sentir con mayor fuerza el peso de la racionalidad extrañada, ya que es el momento de objetivación de la comprensión, como conocimiento lingüísticamente conformado donde lo comprendido puede recibir la mirada del poder, despertando para el sujeto las reminiscencias de su estado-en-dominio.

Este es un asunto ahora muy discutido por la filosofía analítica y

La interacción constructiva

la lingüística del texto. De qué manera el lenguaje limita o libera, de qué manera la precisión que el lenguaje, sobre todo el lenguaje escrito, exige es un logro o una pérdida. Hay, por supuesto, y como bien lo hace Del Hymes, que separar lo que es habla cotidiana del lenguaje cuasi-artificial de los conocedores y académicos.

El primero es una lengua inscrita en el curso social histórico de las actividades espontáneas, en el que las formas lingüísticas se dan inseparables de contextos y circunstancias permanentemente supuestos por los hablantes, por lo que cada expresión es parte inseparable de la interacción total, sin pretensiones de incorporarse a «otros mundos», sin ánimos de trascendencia como forma de un conocimiento separado de sus «para qué» inmediatos (ver Vigotsky, 1930 y Luria, 1975).

La exposición de las comprensiones habidas, el ponerlas en conciencia lingüística coherente, transformándolas en conocimiento, es una actividad especial, cotidiana sólo para ciertos profesionales. La mayor parte de la gente vive sin nombrar lo que hace, incluso esos profesionales se desenvuelven en la totalidad de su vida sin estar nombrando sus cosas, y la comunicación de muchas de sus comprensiones y posesiones se hace sin exponerlas en formas lingüísticas autosuficientes.

Pero el hombre quiere dejar huella y alargar su voz. Animado religiosamente quiere ir más allá de su presencia física y graficar su pensar, y su palabra será el recurso más eficaz. Escribe, y el inmediato poder de la escritura la hará motivo de adoración y extrañamiento, otorgándole a las palabras, así configuradas, la capacidad de portar el saber. Es, para utilizar la imagen marxista, la fetichización de la palabra. Se pensará que la palabra escrita, o la oral cuando suena con el ritmo y orden de la escrita, generará en los otros, como piedra filosofal, el oro del saber. El saber toma así una sustanciación, una existencia objetiva que resulta administrable, de allí términos como enseñar, instruir, dotar, que definen equívocamente el juego educativo.

Esta fetichización de la palabra generará un culto completo que aparecerá muy próximo al culto a la razón, que ha sido otra función humana extrañada por la modernidad occidental, al que nos hemos referido en varias oportunidades, que lleva a identificar lo racional con

lo verdadero. La verificación de ese culto a la palabra se da en la monumentalización de la ciencia, que resulta igualmente objetivada. La ciencia otorga títulos, jerarquías y dignidades, templos y sacerdocios, y, mas allá de todo eso, una lógica, un sistema cultural de verdad desde el cual se evalúa no sólo el conocimiento sino también —como una ética trascendente— la generalidad del comportamiento humano.

En este sentido, es habitual que la exposición de lo comprendido resulte mucho más ardua y cuesta arriba que la comprensión misma: es el síndrome de tesis y exámenes y es la contienda por los «papers» y publicaciones.

La Subjetividad Colectiva. La Comunidad.

La comunidad permite una magnitud mayor y de otra calidad, de la subjetividad individual. La comunidad, como la entendemos, es el conjunto creado por las posibilidades del alcance corpóreo de la interacción. Mas allá de la relación corpórea, que incluye la oral, comienza el campo de las relaciones mediadas por los signos y símbolos. Entonces, a partir de las relaciones mediadas, se podrá hablar de comunidad pero sólo como analogía a las propiedades que allí se encuentren y que recuerden a la primera.

Este campo corpóreo es el campo real de existencia de una subjetividad colectiva, explicada ella por una densa área de negociación y que posibilita una integración entre sus componentes individuales mucho mayor que la que se puede lograr gracias a la comunicación mediada por signos y símbolos.

En una comunidad, en diversos grados de frecuencia y cercanía, la proximidad de sus integrantes está dada por una interacción directa y corpórea que permite que esa integración y pertenencia alcance profundidades y riqueza jamás alcanzable por una relación mediada. En esas condiciones el grupo se da en el individuo soportando sus rasgos y acervo, sirviéndole a la vez de recinto a su realización social. Es la fuente principal del reconocimiento y de los hechos y espacios que necesita para sentirse sujeto.

En el sujeto, la presencia mediada de los otros, con toda la fuerza que pueda lograr, como es el caso de clérigos y dirigentes políticos —

La interacción constructiva

propensos a encerrarse en sus cofradías—, nunca se equipara a la dada por los próximos: amantes, familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, colegas. Es para ellos para los que en definitiva se produce, crea, actúa, llora, viste y son los ojos de ellos los que se sienten evaluando cada acto o movimiento. La gloria, la posteridad, la fama, la misma riqueza y el poder se reduce siempre a una mirada, a una risa, a una señal que testimonia que alguien, que es mucho más que esa risa o esa señal, me está reafirmando.

Esa condición de sujeto de una comunidad, esa subjetividad colectiva requiere de cohesión. La cohesión es la sustanciación de los individuos como comunidad perceptible y el estado de conciencias que de ello se deriva.

La cohesión está antes y después de la producción y actividad cultural. Es en la actividad que los integrantes de una comunidad se reconocen, y los productos de esa actividad, a la vez que enriquecen a la comunidad, ofrecen recursos de identificación. Por ello, rescatar y hacer explícitos los productos habidos, el acervo de la comunidad, es factor de cohesión.

La interacción y el juego de colaboraciones entre los integrantes de una comunidad a la vez que el recurso principal del saber, es fuente de cohesión. Un logro, la comprensión de una cosa, de un proceso, se construye en la interacción, a la vez con la cosa y con los otros. El objeto así obtenido se convierte en testimonio de la validez de esa interacción, en muestra de su fuerza.

El acto individual es sólo ficción, es la ignorancia, generalmente interesada, para ahorrar retribuciones, de la presencia del otro en el actuar del individuo e, incluso, en el inevitable reconocimiento que el individualista busca y que sólo puede venir del otro que, por lo tanto, está actuando en él marcando los requisitos para ser reconocido.

La producción del grupo se da no sólo en cosas y bienes «útiles». Una buena parte está dedicada a construir signos y símbolos de lo hecho y producido, a la estética de la actividad del grupo. Una estética que, entre otras cosas, es autorreverencia, autorreconocimiento que, cuando trasciende, tiene gran fuerza cohesionante. Dan testimonio del *ethos* que reúne al grupo y lo dignifica.

Bibliografía

- Chomsky, N. (1979) *El análisis formal de los lenguajes naturales*, Alberto Corazón, Madrid.
- Esté, A., (1983) *Una escuela para la gente, Una universidad para Venezuela*. Colección Extensión, UCV.
- *El Aula Punitiva*, 1994, Ed. Trópykos-TEBAS.
- *Educación para la Dignidad*, COPRE, Caracas, 1993.
- Foucault, M., *Microfísica del Poder*, Siglo XXI.
- Hymes, Del., 1964 «Towards Ethnographies of Communication» in Giglioli ed.
- Labov, W., (1973), *Thinker Taylor, the Myth of cultural deprivation* Penguin, London / (1969) «The logic of non standard» English in Keddie, 1973.
- Luria, A. R. (1980) *Los procesos cognitivos*, Barcelona, Fontanella.
- Piaget, J., (1981), *Psicología del Niño*, Ed. Morata.
- (1981) *Estudios Sociológicos*, FC, 1976.
- Vigotsky, L. S. (1962). *Thought and Language*. Cambridge, Mass. MIT Press.
- Trudwill, Peter, (1983) (74) *Sociolinguistic*. Pelican.
- Vigotsky, L. S., *Pensamiento y lenguaje*, La Pleyáde, Buenos Aires, 1977.